

PROBLEMAS DE METODO EN EL ESTUDIO DE LAS ESTRUCTURAS SOCIALES DE LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII

Los historiadores muestran un creciente interés por la historia social. No solamente por el estudio del reparto de las riquezas de la sociedad entre los individuos, o por las cuestiones de rentas, provechos o salarios; no sólo por el examen de los problemas planteados por el nivel y el género de vida cuales son: el poder adquisitivo, la asistencia, la higiene, la enseñanza, la educación física, la cultura o las diversiones; es decir, todo lo que hoy se coloca gustosamente bajo la rúbrica de cuestiones sociales. Los historiadores se interesan cada día más en la constitución de la misma sociedad, en la distribución de los individuos en grupos y en las relaciones entre estos grupos. El desarrollo de los estudios históricos ha contribuido a ello irresistiblemente. Cualquiera que sea la rama de historia cultivada, política, económica, intelectual, artística o religiosa, el historiador ha tenido la impresión de que le faltaba un elemento importante en sus estudios, quizá, en el fondo, el esencial, si no podía relacionar el fenómeno que estudiaba no sólo con individuos determinados, sino también con grupos en la sociedad. Por ejemplo, el historiador de las ideas políticas ha sentido profundamente de lo que carecían sus análisis si no podía determinar, por una parte, los lazos sociales de los teóricos, cuyo pensamiento había escrutado; el papel de su grupo y de su medio en la formación de sus ideas fundamentales, y por otra parte, la propagación de las ideas emitidas, qué individuos y también qué Cuerpos, qué grupos sociales las habían recibido, en qué medida las habían asimilado, hasta qué punto ellas las habían determinado a actuar, modificadas en su comportamiento, y en fin, la relación de estos fenómenos con el número de hombres, con las actividades, mentalidad, fortuna y renta de esos grupos y de esos Cuerpos. Así, pues, en seguida se descubre, cuando se procede de esta manera, que ésta es quizá la cuestión esencial, que los grupos que componen la sociedad, sus diferentes actividades, sus estados y sus relaciones, son el fondo de toda la Historia, la base sin la cual todo lo

restante no es suficientemente inteligible y que quizá determina, en cierta medida, todo lo demás, incluso la economía. Pero al mismo tiempo se descubre que es quizá ésta la parte menos avanzada de la Historia. Por mucha y perfecta conciencia que tengamos de todo lo que carecen nuestros conocimientos en las diversas ramas históricas, no podemos impedir ser sensibles al retraso de la historia social. Tenemos muchos y excelentes libros sobre historia política, religiosa, económica o del arte, pero disponemos de un número infinitamente menor sobre la historia social. Es asombroso observar que en muchas bibliografías históricas generales falta incluso la rúbrica consagrada a la historia social. Consideramos, pues, que hoy se debe hacer un particular esfuerzo consagrado a esta historia fundamental, lo que equivale verdaderamente a hacer una historia integral, a considerar a la sociedad en su conjunto, a relacionar todo con el conjunto, y en éste, distinguir los diferentes grupos sociales en la totalidad de sus estados y de sus acciones y a estudiar la función social de sus miembros, es decir, generalmente, el empleo o la profesión, los parentescos, las alianzas, la fortuna, las rentas, la psicología colectiva y la movilidad social, y, en fin, las relaciones de todos los grupos entre sí, o lo que es lo mismo, la estructura social.

El primer punto es el discernir y describir los diferentes grupos sociales. Observarán que empleo a propósito el término más vago y general, que evito el de clases sociales, pues aunque en el siglo XIX la clase social fué un grupo bien definido, ésta no ha existido en todos los tipos de sociedad y su existencia en los tres siglos que voy a estudiar, los «Tiempos Modernos» de los historiadores franceses, es problemática. Pero ¿qué es un grupo social? Es sabido que existen diversas clases y que el mismo individuo pertenece a varios. Un examen, incluso sumario, de las sociedades europeas de nuestros tres siglos descubre inmediatamente un grupo social que podríamos llamar primario, la familia, que en esa época toma frecuentemente el aspecto de linaje; y después, grupos secundarios, las diferentes profesiones, que forman frecuentemente Cuerpos y Compañías; más allá existen agrupaciones flotantes de personas que profesan opiniones parecidas y se nutren de intereses comunes; así, los partidos políticos no organizados o algunas tendencias políticas y religiosas; naturalmente, no se pueden olvidar los órdenes, comunes a todo reino (nobleza, clero, tercer estado), y los grupos geográficos: pueblos, villas, regiones y provincias. Pero el grupo por excelencia, quizá el más importante después de la familia, será un grupo terciario, compuesto de personas que ejercen profesiones diversas y que están dispersas por todo el territorio de una provincia o de un reino, pero que están unidas por varios caracteres, cuales son: un ideal común, una estima social, que lo es en

dos aspectos: interior al grupo (la conciencia que el grupo tiene de sí mismo) y exterior al grupo (la imagen que toda la sociedad u otros grupos sociales se hacen del grupo considerado y el juicio de valor que forman de él). Otros caracteres son: actividades de la misma naturaleza, recursos de naturaleza semejante, lo que quizá es más importante que su nivel; géneros de vida parecidos (comportamiento en las relaciones, distribución de los días, de las horas de ocio, de los locales); una psicología colectiva (sensibilidad, reacciones emocionales, maneras de conducirse, imágenes, mitos, símbolos, opiniones, ideas), intereses comunes, opiniones e ideas parecidas. La marca exterior del grupo será el matrimonio de sus miembros entre sí, el «intermatrimonio», como dicen los sociólogos. Casi podríamos decir que el grupo social se constituye por las gentes que se casan entre sí.

Varios grupos de la misma especie, vecinos y semejantes, constituirán, a su vez, la clase social, allí donde ésta exista.

Será este grupo terciario el que trataré de discernir y delimitar. Para alcanzar este objetivo, el eminente profesor Ernest Labrousse propuso un método en el X Congreso Internacional de Ciencias Históricas, y fundó en esta materia una verdadera escuela, que llamaré la escuela estadística. Sus discípulos publicaron diversos artículos teóricos, y los primeros resultados han sido dados al público en 1961, en un pequeño libro titulado *Estructuras y relaciones sociales de París en el siglo XVIII* (se trata únicamente, en realidad, del año 1749) (1). Podemos conocer bien los diferentes aspectos de este método, que me parece insuficiente e incluso peligroso. Vamos, pues, a examinarlo punto por punto, y al mismo tiempo expondré mis reservas y haré proposiciones.

Inmediatamente observamos una divergencia fundamental sobre los criterios de distinción del grupo social. Para la escuela estadística son, ante todo, económicos. El señor Labrousse escribe: «Creo que el factor dominante de la formación de las clases es... el reparto de los medios de producción y de cambio y las relaciones de producción que unen a los hom-

(1) ERNEST LABROUSSE: «Voies nouvelles vers une histoire de la bourgeoisie occidentale aux XVIII^e et XIX^e siècles (1700-1850)». Decimo Congresso Internazionale di Scienze Storiche (1955), *Relazioni IV, Storia moderna*, págs. 365-396, y discusión de esta comunicación en *Atti del Decimo Congresso Internazionale*, págs. 514-530. ADELINÉ DAUMARD y FRANÇOIS FURET: «Méthodes de l'histoire sociale. Les Archives notariales et la Mécanographie», *Annales E. S. C.*, 1959, págs. 676-693. ADELINÉ DAUMARD: «Structures sociales et classement socio-professionnel. L'apport des archives notariales au XVIII^e et au XIX^e siècles», *Revue Historique*, tomo CCXXVII, enero-marzo 1962, págs. 139-154. A. DAUMARD y F. FURET: «Structures et relations sociales à Paris au XVIII^e siècle», *Cahiers des Annales*, núm. 18, París, Armand Colin, 1961, 97 págs.

bres» (2), y propone, para distinguir a los grupos sociales, considerar primeramente «la profesión, combinada con el nivel social». El contexto demuestra que para él el nivel social se representa por la fortuna y los medios de existencia, y la escala social, por la jerarquía de estos medios (3). Sus discípulos tienen la misma concepción. El nivel de fortuna es el nivel social, por lo que es necesario considerar la profesión y el nivel de fortuna. De todas maneras añaden la calidad, pues encontraron esa embarazosa nobleza, que venía a complicarlo todo. Nos dicen, pues, que «profesión, calidad y nivel de fortuna son los tres elementos de base para describir las estructuras sociales» (4). Sin duda, no sería forzar mucho los términos decir que para ellos el nivel de fortuna engendra el grupo social. Estas proposiciones no me parecen sostenibles para la mayoría de las sociedades europeas de los siglos XVI, XVII y XVIII. Ciertamente, el nivel de fortuna es importante y se observa que grandes señores se casan con jóvenes plebeyas o de débil nobleza porque aportan una dote considerable. Los financieros son recibidos en la Corte o en la Villa, en los medios de nobleza, a causa de su fortuna. Pero estos casos que favorecen la movilidad social y contribuyen a impedir la formación de castas, aparecen, sin embargo, como poco numerosos relativamente. Estos arribistas ¿se integraban bien, por otra parte, a tal o cual grupo social? Hacían con gusto sentir a las esposas la bajeza de sus orígenes. Los financieros, hiciesen lo que fuere, eran mirados con desprecio por las personas de calidad. En realidad, los criterios de diferenciación de los grupos sociales en estas sociedades son otros. Se encuentran en la «dignidad», «el honor», la estima social ligada a tal o cual situación. La práctica de las armas o el servicio al Príncipe clasifican más que el dinero y pueden, por lo demás, procurar más dinero que los negocios, la Banca, el comercio o las profesiones productivas. Es un defecto del método propuesto *el no distinguir estas sociedades en que la pertenencia a un grupo social, independientemente de toda actividad productora de bienes materiales, es la que frecuentemente atrae el dinero y causa la diferencia de fortunas de las sociedades europeas del Noroeste de Europa de los siglos XIX y XX, donde es generalmente la actividad productora de bienes materiales y la diferencia de fortunas lo que determina la pertenencia a un grupo social, frecuentemente, que no siempre.* Es un defecto del método el no distinguir las sociedades cuyo ideal es la nobleza, el servicio militar, la gloria de las armas o el honor, de aquellas cuyo ideal es la burguesía, el comercio y la industria, el dinero o el

(2) LABROUSSE, respuesta, *Atti...*, pág. 539.

(3) LABROUSSE, comunicación, pág. 369.

(4) DAUMARD-FURET: «Structures...», pág. 57.

confort. El error de la escuela radical, en mi opinión, en no haber querido tener lo bastante en cuenta la manera de procurarse el dinero y en querer aplicar el mismo método a sociedades cerradas en órdenes y en Cuerpos, jerarquizadas según la dignidad propia a su género de vida, como, por ejemplo, Francia antes de su Revolución, y a sociedades de clases abiertas, donde los individuos se reparten en clases y grupos sociales según su fortuna, la cual depende, en principio, de sus talentos, ejercidos, sobre todo, en las profesiones productoras de bienes materiales, o de los talentos de sus antepasados, como, por ejemplo, Francia después de su Revolución. Para las sociedades de los tres siglos que preceden a la Revolución, el acento habrá de cargarse en distintos criterios que el de los bienes.

La marcha del trabajo llama a otras reservas. La escuela estadística se propone no sólo diferenciar los grupos sociales, su lugar en la jerarquía social y sus relaciones, sino también hacer de ello un estudio estadístico, contar los efectivos de estos grupos y establecer relaciones y proporciones. Estamos de acuerdo, es muy deseable. La escuela quiere comenzar por enumerar la población. Muy bien, pero en seguida comienzan las dificultades. Se nos propone una aproximación progresiva; primeramente, clasificar los individuos por profesiones; después, jerarquizarlos dentro de éstas, pues, en efecto, una profesión dada es socialmente muy diferente. Sea, por ejemplo, el mundo judicial. ¡Cuántas diferencias existen entre el juez, el fiscal o el abogado del Rey, los abogados de las partes, los procuradores de las mismas, los ujieres y los sargentos! Si consideramos la profesión de comerciantes de vino, es necesario distinguir los que venden al por mayor de los vendedores al detalle, los hosteleros y los taberneros, y quizá fuese necesario incluir en la profesión, y al mismo tiempo distinguirlos, los auxiliares indispensables, como los toneleros. En la profesión es, pues, preciso jerarquizar según el nivel de vida; se obtienen así una serie de grupos que tienen dos inconvenientes para la escuela estadística; por una parte, desmenuzan la población de la ciudad o del país cuya estructura social se busca en numerosos grupos demasiado débiles numéricamente para tener un valor estadístico, y por otra parte, están muy lejos de la realidad social, pues «las escalas superiores de los maestros carpinteros... están más próximas de los mismos niveles de otros maestros que los de los compañeros» (5).

Así, pues, hemos de comparar profesiones con profesiones, romper los cuadros profesionales, aproximar recíprocamente los mismos niveles de fortuna en profesiones diferentes, para terminar así por «reagrupamientos ho-

(5) DAUMARD-FURET: «Structures...», págs. 16-17.

rizontales» de grupos «socio-profesionales» para expresar el conjunto de la población..., de un número restringido de grandes categorías, que presentan cada una cierta homogeneidad social (6). «Estos cuadros socio-profesionales son bien conocidos, pues todas las estadísticas nacionales los utilizan. Responden, en el fondo, al doble carácter de la profesión y del nivel económico del interesado» (7). Se basan, tanto en la naturaleza como en el nivel de recursos, y, por lo tanto, en realidades económicas más que sociales quizá. La escuela distingue de esta manera una docena de grupos socio-profesionales: asalariados, artesanos, maestros de empleos y comerciantes, negociantes y manufactureros, domésticos, empleados de personas privadas, burgueses de París, profesiones liberales, empleados al servicio del Rey, oficiales civiles, oficiales militares y nobleza.

Pero este estadio del trabajo debe ser, a su vez, sobrepasado. La escuela se da cuenta de que es preciso ir más lejos. Propone seguidamente recomponer los elementos socio-profesionales, establecidos de antemano en «clases» o «grupos», pues «las clases comprenden múltiples compartimientos, en los que se ejerce la influencia del empleo, del origen social, de las alianzas, del medio geográfico, del hecho demográfico y de muchos otros factores, variables según los tiempos y los lugares» (8). Además de la profesión, la calidad y el nivel de fortuna, otros datos, como la edad, el estado civil, el emplazamiento de los capitales y los géneros de vida, serían deseables, *pero únicamente para precisar y matizar...* Para definir lo que más íntimamente constituye la unidad de ciertos medios es preciso conocer «orígenes geográficos y familiares, movilidad social y contactos sociales» (9). Así, pues, al mismo tiempo que completan la información van a servirse de los grupos socio-profesionales para recomponer las verdaderas «clases» y los verdaderos «grupos» sociales. «Antes de jugar a los cubos, construyamos los cubos», dice Labrousse (10). Los cubos son los grupos socio-profesionales, y jugándolos se obtienen clases y grupos sociales.

En un cuarto estadio, el último, se establecerá la psicología colectiva de cada clase y de cada grupo.

Pues bien; si seguimos esta bella progresión, creo que sería ruinoso para

(6) DAUMARD-FURET: «Structures...», págs. 16-17, citando una fórmula del Instituto Nacional de Estadística y de Estudios Económicos. *Code des Catégories professionnelles*, 3.^a ed., 1954.

(7) LABROUSSE, respuesta, *Atti...*, pág. 529.

(8) LABROUSSE, respuesta, *Atti...*, pág. 530.

(9) DAUMARD-FURET: «Structures...», pág. 57.

(10) Respuesta, *Atti...*, pág. 529.

la historia social de los siglos XVI, XVII y XVIII, y que no alcanzaríamos jamás los grupos sociales reales. Desconfiemos, primeramente, de la metáfora labrousiana. Los grupos sociales, sean los que fueren, no son un juego de cubos, y la sociedad no es un juego de cubos, muerto, inerte, dócil a las prudentes manipulaciones del historiador. Una sociedad es un organismo, y los grupos sociales son órganos de un ser vivo, que podemos estudiar, explorar, reconocer o describir con la condición de respetarlos. Toda esa progresión está inspirada por la idea de que toda distinción de grupos sociales, toda jerarquización real en la sociedad, viene del nivel de los recursos, de la cantidad de bienes. Esta idea puede ser exacta para algunas sociedades, y lo es probablemente en gran medida para las principales naciones europeas del siglo XIX, pero tiene grandes posibilidades de ser falsa para las sociedades de los siglos XVI, XVII y XVIII, y si es así, la progresión ya no nos sirve para nada. *Lo que hemos de hacer es buscar directamente el grupo social en sí mismo, tal como existió y tal como podamos delimitarlo por el análisis de varios tipos de documentos.*

Las divisiones de la escuela estadística nos hacen correr, efectivamente, un gran riesgo arbitrario. En el fondo, sus grupos socio-profesionales, pieza maestra de su trabajo, son aportados por la escuela desde fuera de las estadísticas nacionales de los siglos XIX y XX, y particularmente del Código de categorías profesionales elaborado en Francia por el Instituto Nacional de Estadística y de Estudios Económicos. La adaptación de los cuadros socio-profesionales del siglo XX a las realidades del XVIII no es, muy frecuentemente, sino una violencia para forzar las viejas realidades en cuadros que corresponden a realidades más recientes y muy diferentes. El resultado no escapa a las acusaciones de arbitrariedad, anacronismo, análisis insuficiente y pura ilusión. La escuela clasifica a los *buscavidas* entre los asalariados y sus compañeros, los jornaleros y los obreros. Algunos de ellos son asalariados, porteadores de granos o de carbón al servicio de oficiales o de empresarios, pero otros son empresarios de portes o de transportes; otros son oficiales y oficiales propietarios, y otros, en fin, trabajadores ocasionales. No parece que estas distintas categorías hayan sido tenidas en cuenta (11). ¿No es una burla clasificar en las «profesiones liberales», al lado del médico y del abogado, al maestro de armas y al maestro de baile? (12). ¿O declarar que «la inmensa mayoría» de las personas calificadas «burgueses de París» «viven, sin trabajar, de las rentas de sus intereses sobre el Estado o sobre particulares», cuando el término burgués designa un estatuto jurídico que poseen, con

(11) DAUMARD-FURET: «Structures...», pág. 26.

(12) DAUMARD-FURET, *ib.*, págs. 35-36.

tanta o mayor frecuencia que los rentistas, los comerciantes o los maestros de algún oficio? Pretender colocar en un solo grupo socio-profesional a todos los «oficiales civiles», desde el sargento hasta el primer presidente del Parlamento de París es insostenible. Tomar en bloque a la nobleza, rehusando distinguir, en primer lugar, entre noble y gentilhomme y después hacer otras distinciones necesarias no parece razonable. En suma, el defecto consiste en un insuficiente análisis y en rehusar estudiar las profesiones y las situaciones en sí mismas y tener en cuenta las diferencias y distinciones. A veces la ignorancia es la causa de las confesiones, pero éstas resultan también de un voluntad de no mantener sino un pequeño número de grandes categorías, a fin de permitir las evaluaciones estadísticas y el empleo de la imprenta. Las estadísticas se tornan imposibles, con categorías muy numerosas, que no comprenden cada una más que algunos casos. Las posibilidades de la imprenta resultan limitadas por el número de indicaciones acotadas que puede contener una ficha impresa. Así, pues, llegar a una historia social «numerosa», «cuantitativa», es infinitamente deseable, a condición de no violar la realidad. Me acuerdo de un hecho característico. Un director de investigaciones encontró una jerarquía de 18 categorías de salarios en París, pero en la ficha impresa no disponía más que de 10 lugares; entonces hizo reducir las 18 categorías a 10. Creo inútil subrayar la arbitrariedad del procedimiento. Si las 18 categorías existían realmente, era preciso conservarlas y renunciar al empleo de la imprenta hasta que el historiador dispusiera de los medios impresos suficientes para sus necesidades. Lo mismo pasa en la estadística. Si realmente una sociedad está fragmentada en un número muy grande de categorías pequeñísimas, y *éste puede ser un carácter determinante y esencial de esta sociedad*, es necesario respetar esas categorías, incluso si el esfuerzo estadístico aumenta de esta manera, o incluso si debemos renunciar provisionalmente a la estadística. Estadística e imprenta deben estar al servicio del historiador y no ser éste esclavo de aquéllas. Hemos de comenzar por un profundo análisis de la realidad social, distinguir bien los grupos sociales en su ser real, y a continuación podremos enumerar los efectivos de cada uno de estos seres; pero no debemos contar más de lo que existe.

No estamos de acuerdo con la progresión propuesta por la escuela estadística, pues creemos en la posibilidad de alcanzar directamente los grupos sociales reales. Creemos poder hacerlo por el matrimonio. Un carácter esencial del grupo social en las sociedades europeas de los siglos XVI, XVII y XVIII es el «inter matrimonio» de sus miembros. Innumerables documentos, crónicas contemporáneas, memorias, correspondencias, libros de razón, manuales de confesores, libros espirituales, sermones, novelas, comedias, sátiras y pan-

fletos, nos revelan este hecho: las personas se casan, por lo general, dentro de su grupo social. Ciertamente, existen excepciones, puesto que estos mismos documentos nos revelan el hecho del casamiento desigual y la ascensión social por el matrimonio. Muchos factores: pasión amorosa, impulsos de los sentidos, decisiones súbitas, concurso de circunstancias, cálculos de interés, previsiones sobre la carrera de un joven bien dotado, son causa de las excepciones, pero si operamos sobre un gran número de casos, las excepciones se eliminan por sí mismas, y por otra parte, diversas fuentes nos permiten diferenciar los casos anormales. El medio de delimitar el grupo social será, pues, el matrimonio. Las fuentes esenciales serán así las actas notariales, y entre ellas, la fuente privilegiada es el contrato de matrimonio. Este nos proporciona los nombres, cualidades, profesiones y moradas de los cónyuges; los mismos datos de sus padres, los nombres y cualidades de los testigos de la familia (hermanos, hermanas, tíos, tías, primos y primas hermanos, primos y primas), los nombres y cualidades de los testigos amigos (no sólo amigos, sino también protectores, patronos, o bien fieles e incluso proveedores). En fin, en el contrato encontramos datos sobre la dote, y frecuentemente, sobre las aportaciones del marido.

El contrato de matrimonio es, pues, una fuente capital en nuestra investigación. La escuela estadística lo ha visto bien y ha querido hacer de él la única fuente de investigación de los grupos socio-profesionales de París en 1749. Ha creído poder encontrar la estructura socio-profesional de toda la población al principio de la carrera de los jóvenes al constituir el matrimonio, en la fundación del hogar, unidad de consumo, y a veces, de producción, puesto que el contrato de matrimonio le proporcionaba la profesión, cualidad, y creían, fortuna de la joven pareja, y por lo tanto, dedujeron nivel de vida y nivel social al principio de la vida conyugal. La escuela comenzó a proceder correctamente; determinó primeramente el valor representativo de la fuente de que disponía, pues una estadística oficial le procuraba el número total de los matrimonios celebrados en el año y los repertorios de los notarios le permitían calcular el número total de matrimonios que habían dado lugar a un contrato, y que era aproximadamente el 75 por 100 del número de matrimonios celebrados. Los contratos nos dejan, pues, en la ignorancia sobre el 25 por 100 de la población, que serán verosíblemente los más pobres, aunque algunos matrimonios ricos hayan podido dar lugar a simples actas de naturaleza privada. Todas las actas establecidas por los notarios y reveladas por los repertorios no se conservaron: queda lo bastante para alcanzar el 60 por 100 de los matrimonios celebrados, lo cual es una proporción satisfactoria. Aprobamos esta operación preliminar, por la cual

es preciso comenzar siempre, si se tienen medios, es decir, registros parroquiales o deducciones civiles.

Pero en seguida las cosas se echan a perder. La escuela se preocupó de ir de prisa para construir una estadística de conjunto, y por lo tanto, no procedió a un análisis lo bastante profundo. Necesitamos primeramente estar seguros de las profesiones y calidades del marido y de la mujer, pero el contrato de matrimonio no siempre nos da claro ese punto, pues uno u otro de los cónyuges usurpa, a veces, tal o cual calidad por simple vanidad, para hacerse valer o para justificar pretensiones financieras más elevadas. He aquí un caso extremo: Uno de mis alumnos encuentra en un contrato de matrimonio del «Minutier» (*) Central de los Archivos nacionales de París a un marido que se calificaba «gendarme de la Reina», lo que quiere decir que es un oficial militar de una Casa Real. Pero trabajando en los Archivos nacionales, en la parte del Tribunal de Ayudas, serie z¹A, las piezas de un proceso descubren a mi joven historiador que el supuesto gendarme de la Reina era, en realidad, un comerciante de granos, que para hacerse elegante o para obtener una dote más alta, había comprado un oficio de gendarme de la Reina, pero cuya verdadera profesión era la de comerciante. Así, pues, no podemos saber «a priori» cuántos casos semejantes se nos plantearán, y no podemos, por lo tanto, contentarnos con los contratos de matrimonio, sino que es preciso confrontarlos con otros documentos para saber exactamente lo que tenemos entre manos.

Tampoco podemos contentarnos con querer establecer una estructura social teniendo como base la constitución del matrimonio, pues ésto, quizá, no significa nada. Veamos dos abogados que se casan. Uno, de origen modesto, está destinado a ser abogado toda su vida, pero el otro, hijo de un consejero de Estado, entra en la carrera del Consejo de Estado; es abogado sólo temporalmente, por seis años, en vista de llegar a ser consejero en el Parlamento: después, «Maitre de Requêtes» (**), y por fin, consejero de Estado, lo cual es el «cursus honorum» normal. ¿No sería una ilusión clasificarlo en la misma categoría que el primero? ¿No es mejor incluirlo en el grupo correspondiente a la más alta función que haya conseguido en su «cursus honorum»?

Imaginar que el matrimonio indica un principio en la vida no es exacto en el estado de mortalidad de nuestras sociedades. Esta es fuerte; las segun-

(*) Palabra intraducible; viene a ser el Archivo Central de minutas o actas notariales. (N. del T.)

(**) Determinada categoría francesa en la carrera del Consejo de Estado que no tiene traducción exacta en español. (N. del T.)

das nupcias son frecuentes, y, a veces, una persona se ha casado tres o cuatro veces. Ya no se trata entonces de personas jóvenes, al principio de la vida y de su fortuna. Estos casos son lo bastante numerosos para que los tengamos en consideración.

Dicho de otra manera: si bien el contrato de matrimonio es indispensable, no podemos contentarnos con ellos para aislar un instante de la vida la situación en el momento del matrimonio. Para conocer la situación exacta del hombre, debemos reconstituir su carrera y seguir su vida, y para ello nos son necesarios otros documentos, además de su contrato de matrimonio, como son los contratos de matrimonio de sus hermanos y hermanas, de sus hijos e hijas, su inventario «post mortem», en el que la lista de sus papeles nos dará las diferentes funciones ejercidas y la indicación de los diferentes contratos en que ha sido parte durante su vida, medio, a su vez, de hallar sus títulos y situaciones sucesivas. Nos son necesarios, si es posible, los procesos que ha incoado, sobre todo, en lo contencioso fiscal o profesional, que son los más significativos. Sería conveniente tener a mano registros parroquiales, cuyas indicaciones de bautismos, matrimonios y decesos permitirían reconstruir las familias. Reconozco que todo esto es largo, sobre todo, para un estadístico que tiene prisa en contar, pero lo esencial no es ir de prisa, sino hacer un trabajo sólido.

Precisamos bien que lo que importa es la alianza de dos casados, pues el esfuerzo ha de aplicarse sobre esta situación. Efectivamente, sea cual fuere la importancia del linaje, puede suceder, y sucede con bastante frecuencia, que los padres, o los hermanos, o primos, no sean del mismo grupo social que los casados. *Son los casados los que definen el grupo social.* Entre ellos, el más importante, y el que proporciona el término de referencia, por su profesión o cualidad, es el marido, pues nos encontramos con sociedades paterlineales, donde el hombre es el jefe de familia y donde la descendencia se establece por la línea de los machos. Por otra parte, la casada no tiene frecuentemente ni profesión ni cualidad; es hija de Fulano, que tiene tal profesión y tal cualidad, y son la profesión y cualidad del padre las que se desposan.

Observemos aún que nuestro grupo social va a constituirse sólo por profesiones y cualidades, que dan lugar realmente a alianzas entre sí. Si encontramos, en un lugar dado, el juego de alianzas siguiente: abogados-hijas de negociantes, negociantes-hijas de pequeños jueces, pequeños jueces-hijas de abogados, negociantes-hijas de abogados, abogados-hijas de pequeños jueces, entonces podemos decir que pequeños jueces, abogados y negociantes forman un grupo social. La clase sería más dudosa si tuviésemos solamente negociantes-hijas de abogados y negociantes-hijas de pequeños jueces, pues

la dificultad de colocar a las hijas tiene, a veces, como resultado casarlas en un grupo social inferior, lo mismo que el deseo de promoción social lleva a los hombres a casarse en una categoría superior.

Respecto a la serie abogados-hijas de negociantes, negociantes-hijas de pequeños jueces, pequeños jueces-hijas de abogados, no podemos obtener más que una presunción y una hipótesis de estudio, incluso si las dotes son del mismo orden en cantidad, pues no nos encontramos aquí, rigurosamente hablando, con inter-matrimonio.

Para distinguir los casos excepcionales de alianzas desiguales, ascensión o declive social, hemos invocado la frecuencia de las uniones de un cierto tipo que precisa el caso normal. Pero frecuentemente las estipulaciones financieras del contrato de matrimonio nos ponen en camino de tales casos anormales. Por ejemplo, en el París del siglo XVII, las dos partes intentaban equilibrar la dote de la mujer y las aportaciones del marido; por lo tanto, las aportaciones del marido superiores a la dote constituyen una presunción de que el marido procedía de un grupo social inferior al de la mujer.

Esta observación puede ayudarnos. En el París de la época indicada, la pensión de viudedad, es decir, la pensión debida a la viuda de un marido premórente, se eleva normalmente al tercio de la renta de la dote. Una pensión más elevada constituye también una presunción de que el marido es de un grupo social inferior al de la mujer y de que su matrimonio constituye para él una promoción social.

El grupo social se define, ante todo, por la unión de cualidades y profesiones reales obtenidas por la reconstrucción de las carreras y por la biografía. Es una noción puramente cualitativa y que podría prescindir de elementos numéricos, pero es cierto que para tener un conocimiento completo del grupo social, debemos estudiar las actividades de sus miembros, sus recursos y su psicología colectiva. Es necesario examinar también cómo se renueva con miembros llegados de otros grupos y cómo pierden los miembros que pasan a otros grupos sociales, por promoción o declive, o que desaparecen, por extinción, lo cual constituyen los problemas de la movilidad social y de la duración de las familias; y aquí queremos revalorizar, al lado de la biografía, a otras disciplinas, durante mucho tiempo despreciadas en Francia, como la genealogía y la historia de las familias, consideradas en lo sucesivo desde un punto de vista social.

Los recursos del nuevo matrimonio, joven o menos joven, han preocupado mucho a la escuela estadística, puesto que confunden el nivel de recursos con el nivel social y aquél es para ellos el elemento que forma al grupo social. En esto también tenemos muchas reservas que hacer y muchas advertencias que dar. Si queremos determinar los recursos exactos

de un joven matrimonio, no podemos contentarnos con un análisis profundo de los contratos de matrimonio, ni con el conocimiento de las familias. Antes hemos de saber si el padre de la casada tiene varias hijas, pues, en este caso, la dote es generalmente menor en la misma categoría social, y a veces, con mucho. Si no tenemos esto en cuenta, podemos falsear completamente la escala de fortunas al comienzo del matrimonio y colocar a una pareja y una categoría a un nivel que no es el suyo. El número de hijas sólo puede conocerse por un estudio completo de la familia, lo que subraya una vez más la ilusión de efectuar un trabajo valedero con ayuda de una sola categoría de documentos.

A continuación es necesario observar atentamente el contrato para distinguir si la dote constituye toda la parte de la herencia que debe revertir en la hija, o si ésta, a la muerte de sus padres o de sus tíos y tías, debe recibir aún alguna parte. Si la hija tiene «esperanzas», la dote es menor y puede serlo con mucho.

Es preciso observar bien la parte de dote que permanecerá como propia de la hija, y en el caso en que no hubiese hijos del matrimonio, retornar a su «lado y línea», es decir, a sus hermanos y hermanas, o a sus sobrinos y sobrinas. El marido sólo puede utilizar la renta de lo que es propio de la mujer. Para vender el bien le es necesaria la autorización de la esposa, y debe reinvertir el capital en rentas o en «heredades», es decir, en tierras, lo cual limita las posibilidades de empleo. Entre dos dotes de sumas iguales, pues, aquella cuyo 60 por 100 permanece como propio de la esposa es netamente inferior de hecho y en posibilidades de inversión a aquella cuya parte, propia de la mujer, es sólo un 30 por 100.

Debemos distinguir la naturaleza y las proporciones de los componentes de la dote. ¿Cuál es la mayor parte: la constituida por inmuebles, efectos o alhajas, llamados «capitales viscosos», o las rentas de dinero líquido, llamadas «capitales líquidos», y utilizables en oficios o empresas económicas? Dos dotes de igual cantidad pueden ser, de hecho, muy desiguales, según su composición, pues muchas personas no quieren o no pueden vender, obligar o hipotecar inmuebles o joyas de familia.

No debemos despreciar las estipulaciones accesorias, como son el alojamiento y la alimentación en casa de los padres durante uno o dos años. A veces la suma a la cual equivalen estas prestaciones está calculada e indicada, pero otras veces, no. En el último caso, hemos de intentar una valoración, pues esta suma no es despreciable. Pero, aparte de esto, ¿da siempre lugar a escritos la ayuda ocasional que los padres puedan prestar durante los primeros años? ¿Cómo valorarla, pues? Las viudas casadas en segundas nup-

cias pueden falsear las valoraciones, pues su dote es, con frecuencia, la totalidad de su fortuna.

Pero la escuela estadística desprecia todas estas preocupaciones, lo cual puede ser satisfactorio para la estadística, pero no para la historia. No es fácil utilizar inmediatamente los contratos de matrimonio, y por otra parte, si bien la fortuna del matrimonio es importante, sería no menos importante conocer la fortuna en su apogeo y en su extinción, después de que hijos e hijas se han establecido y casado. Esto nos lo permiten los inventarios «post mortem» y los repartos de la sucesión, pero tampoco es fácil servirse de ellos con precipitación, pues es preciso analizarlos cuidadosa y pacientemente, al mismo tiempo que tomamos muchas precauciones, tales como asegurarse primeramente que es un inventario de toda la fortuna y no sólo de lo que se encuentra en la casa del fallecido, o si son de París, verificar que los bienes propios no han sido omitidos para comprender sólo los muebles y los gananciales inmuebles que, como tales, son de dominio comunitario. Pero no tenemos más tiempo para entrar en detalles.

Se comprenderá que concedamos menos importancia que la escuela estadística a las fuentes fiscales; a saber: tributos por poderes, por cabezas, por vigésimos, e incluso impuestos sobre la sal, aunque éstos nos proporcionen la composición de las familias, y no sólo la suma, sino también la naturaleza, tan importante, de los recursos. Las fuentes fiscales, incluso si las tasas de imposición corresponden a las fortunas reales, no nos proporcionarán nunca más que una insuficiente descomposición de la sociedad, en tanto que las profesiones y calidades queden vagas, como sucede en la mayoría de los casos, y por otra parte, no nos dan nunca, incluso en el impuesto por cabeza, una escala social, sino una escala de rentas. Nos ofrecen, eso sí, un medio de control de otras fuentes y una posibilidad de valorar estadísticamente los efectivos de los grupos sociales, delimitados con ayuda de otras fuentes. En el peor de los casos, son un complemento para una primera vista de conjunto de la sociedad si no disponemos de otras fuentes, pero no permiten discernir los grupos ni descubrir la estructura social.

De esta manera, creemos que la estructura social de una unidad geográfica determinada es la jerarquía y las relaciones de los grupos sociales. Estos grupos sociales son discernibles, en la continuidad de una población dada, ante todo por la estima social y por el inter-matrimonio. Es posible, pues, aislarlos mentalmente, recurriendo a documentos jurídicos, administrativos, literarios y religiosos. Los documentos jurídicos son esenciales y no debemos intentar utilizarlos nunca sin un previo estudio del Derecho del reino, de la costumbre local y del procedimiento. Entre los documentos jurídicos, el contrato de matrimonio es indispensable, pero no puede utilizarse

solo, pues la situación social exacta de los esposos sólo puede deducirse de un estudio biográfico y genealógico. Los grupos sociales aparecerán mediante el agrupamiento de las uniones equilibradas, y la movilidad social, mediante el examen de las uniones desiguales. Fortuna y recursos anuales no se deben despreciar nunca; su conocimiento es indispensable, y más todavía por su naturaleza que por la suma que alcancen. Pero, sin embargo, de lo que se trata ante todo es de un estudio cualitativo, proseguido por medio de un profundo análisis de los documentos, sin tener en cuenta el tiempo que perdamos en la obra. El resultado será un cierto número de núcleos de grupos sociales, rodeado cada uno de un halo que, a medida que va apartándose de los núcleos, se muestra progresivamente más borroso, representando a gentes de situación menos clara, y después, a amigos, patronos, fieles y clientes, pues se pasa por transiciones insensibles de un grupo social a otro. Solamente cuando hayamos diferenciado, por un análisis ante todo cualitativo, los grupos sociales reales, podremos enumerar útilmente sus efectivos y establecer entre ellos relaciones y proporciones. Dicho de otra manera: la estadística debe suceder al análisis cualitativo; aquélla no puede reemplazar a éste, pero es también indispensable, a su vez, para rematar nuestro conocimiento, tornar nuestros resultados enteramente comparables y abrir un camino a la historia comparada, de donde pueden quizá salir tipos, géneros y especies, constantes y leyes.

* * *

Claude Bernard decía en su *Introducción a la Medicina experimental* que la «ciencia de la vida es un soberbio salón resplandeciente de luz, al cual no se puede llegar sino pasando por una larga y horrible cocina» (13). Os he introducido en la horrible cocina del historiador. Deseo no haberos quitado el apetito; entiendo, naturalmente, el apetito de historia, resplandeciente de luz (14).

ROLAND MOUSNIER

(Traducción de CARLOS F. LIÉBANA.)

(13) París, Delagrave, 1943, pág. 27.

(14) Para una aplicación del método preconizado aquí, ver ROLAND MOUSNIER: *Lettres et mémoires adressés au chancelier Seguiet*. Introducción, «Estudio social de los correspondientes de Seguiet»; la obra a multicopista está depositada en el Centre de Recherches sur la Civilisation de l'Europe Moderne, habiéndose pedido una subvención al Centre National de la Recherche Scientifique para su publicación.

R É S U M É

Pour se perfectionner en tant que science, l'histoire a de plus en plus besoin d'une branche qui se consacre à l'étude de la structure sociale des peuples. Les historiens se sont, sans doute, attaqués à cette branche, mais le développement en est encore insuffisant. L'auteur de cet article propose une méthode de travail pour approfondir cette analyse en s'étayant concrètement sur les sociétés européennes des XVI, XVII et XVIII^{èmes} siècles.

Deux problèmes se posent, subordonnés l'un à l'autre. Le premier, à parler logiquement, serait de déterminer la nature du groupe social. Qu'est-ce donc un groupe social? Pour l'auteur, le groupe social par excellence est celui que caractérisent un idéal, une considération sociale commune, des activités, des ressources et un genre de vie de nature semblable, une psychologie collective, des intérêts communs et une opinion et des idées similaires.

Le problème n'est pas résolu pour cela, il est simplement entamé. Quels devraient être les critères distinctifs d'une groupe social? Autrement dit, quelles sont les sources pour déterminer un groupe social et quel usage doit on en faire? Cela dépend, bien entendu, de l'idée que l'on puisse se faire des groupes sociaux.

L'auteur rejette la méthode de l'école statistique française, dont le fondateur est le professeur Ernest Labrousse, méthode suivant laquelle les critères distinctifs sont avant tout économiques. Pour cette école la profession, la qualité et le niveau du revenu sont les trois éléments de base en vue d'une description des structures sociales. Cette interprétation a, pour l'auteur, le défaut de juger les sociétés des XVI, XVII et XVIII^{èmes} siècles d'après des critères qui leur sont étrangers et qui se rapportent plutôt aux sociétés de notre époque.

L'erreur proviendrait d'une utilisation peu approfondie de sources dont la statistique tirerait profit mais non pas l'histoire. L'auteur recommande l'emploi du contrat de mariage comme source principale, car c'est le mariage des membres du groupe qui le caractérise. Mais cette source, à son tour, n'est pas la seule et il faut l'employer avec toute sorte de précautions. Il s'agit, en effet, non pas de connaître la vie d'une homme à son début, mais toute la vie durant.

Il faudra donc disposer, en dehors du contrat de mariage du sujet, de ceux de ses frères, des ses soeurs, de ses enfants, des inventaires "post mortem", des actions entamées, au de contentieux fiscal, et professionnel notamment,

et si possible, des registres paroissiaux. Par contre, l'auteur ne concède guère d'importance aux sources fiscales, les professions et les qualités s'y estompant au profit de critères essentiellement économiques.

S U M M A R Y

History, for its perfection as a science, needs a branch dedicated to the study of the social structure of peoples more each day. Historians today are more dedicated to this branch, but its development is still insufficient. The author of this paper proposes a method of deeper analysis, illustrated by the study of European society in the sixteenth through eighteenth centuries.

Two interrelated problems are raised. The first one, from a logical point of view, is to determine the nature of the social group. What is a social group? For the author, the social group par excellence is that which is characterized by a common ideal and social values, by activities, resources and ways of life of a similar nature, and by a collective psychology, common interests and similar opinions and ideas.

But with this the problem is not resolved, but rather begins. Which should be the distinguishing criteria of a social group? Or, in other words, which are the sources and what use must we make of them in order to determine exactly the social group? This depends, naturally, on the idea we have of the nature of the social group?

He rejects the method of the French school of statistics, founded by Professor Ernest Labrousse, and for which the distinguishing criteria are economic above all. For this school, profession, rank and level of wealth are the three basic elements for describing the social structures. For the author, this interpretation has the defect of judging the societies of the sixteenth, seventeenth and eighteenth centuries with criteria unsuited to them and which belong rather to the societies of our time.

He finds that the error lies in the lack of a profound use of the sources. The author recommends using the marriage contract as the main source, since the social group is externally distinguished by the marriage of its members among themselves. But this source, in turn, is not unique, and on the other hand, must be employed with a great deal of caution. What matters is not to find out about a man's situation at the start of his social life, but about his whole life.

What one needs, besides his marriage contract, are those of his brothers, sisters, sons and daughters, the "post mortem" inventories, the litigations carried out before the tax and professional courts and, if possible, parochial registers. On the contrary, the author gives little importance to the tax data, because in them the professions and ranks remain vague in favor of exclusively economic criteria.